

# El inconformismo del intelectual en los escritos periodísticos de José Jiménez Lozano (1956-1966)

## *Non-conformism of the intellectual in J. J. Lozano's journalistic writings*

María MERINO BOBILLO  
*Universidad de Valladolid*

### **Resumen**

Desde mediados de los años 50 a mediados de los 60, en plena dictadura de la censura franquista y en una sociedad cerrada culturalmente, los primeros escritos periodísticos de José Jiménez Lozano hablan de apertura y de rebeldía. Lo hacen a través de glosas a la función del intelectual a quien emplaza como al faro que guía a la sociedad. Responsabilidad suya es defender de las imposturas y abrir nuevos caminos al conocimiento. Se desgajan los rasgos que caracterizan su labor: valentía para someter a juicio crítico lo que ocurre en su entorno y afrontar las consecuencias que de ello se derivan. El pensador ha de defenderse del peligro de renunciar al propio pensamiento, ya sea por la tentación de ceder a la frivolidad y a la superficialidad, bien sea por la imposición de un pensamiento ajeno.

Si a él le corresponde esta tarea por excelencia, es en definitiva un quehacer de todo hombre se halla en total concordancia con los valores que propugna el cristianismo.

**Palabras claves:** Intelectual. Cultura. Franquismo. Jiménez Lozano. Periodismo

### **Abstract**

During the 50's and 60's in the peak of the Franco Regime in a closed and highly censored society was when José Jiménez Lozano made his foray into journalism, his writings were charged with revolutionary ideas and progressiveness.

His work revolved around the intellectual being the beacon to guide society to defend it from the manipulations of political ambitions and open new roads to knowledge. His own personal qualities were reflected in his articles, the courage he displayed to critically judge what was happening around him and face the consequences. He proposed that the intellectual has to defend himself against the danger of discarding his own intellect, whether its to fall into the temptation to play down ones own thoughts, or by applying or accepting the thoughts of somebody else.

If its his obligation to perform this task then it is the definitive task of every man and is fully compatible with the values advocated by Christianity.

**Key words:** Intellectual. Culture. Franco's regime. Journalism.

---

Fecha de recepción del original: 9/marzo/2009

Versión definitiva: 9/marzo/2010

Dirección para correspondencia: Facultad de CC. Sociales, Jurídicas y de la Comunicación. Trinidad, 3. 40001. Segovia. maria.merino@hmca.uva.es

## 1. Los inicios periodísticos de José Jiménez Lozano<sup>1</sup>

Nacido en 1930 en un pueblo de Ávila, José Jiménez Lozano se trasladó a los 26 años, junto con su familia, a Alcazár, en la provincia de Valladolid. Tras licenciarse en Derecho y preparar las oposiciones para ingresar en el cuerpo de jueces, su orientación profesional se fue reconduciendo desde el mundo de las leyes al de las letras. Valladolid era buen sitio para ello. Miguel Delibes había ganado el Premio Nadal en 1948 y era el subdirector del diario *El Norte de Castilla* desde 1952. A la altura de 1956 conoció al joven licenciado, que había enviado unos artículos con el afán de que fueran publicados en el periódico.

«Jiménez Lozano se me presentó una mañana en *El Norte de Castilla* hace la friolera de treinta años. Traía un aire candoroso, presta la risa, una voz levemente chillona y una cabeza formidablemente equipada (de lecturas y de ideas). Se integró así en un grupo inquieto, increíblemente joven, que, por azares del destino, yo capitaneaba (...) Había en el grupo, aparte deseos de hacer cosas, buenas plumas y atractivos ideales, pero yo diría que Lozano, sin pedanterías propias de la edad, nos ahormó, insufló al equipo rigor intelectual y, frecuentador de Julien Green<sup>2</sup>, Peguy<sup>3</sup>, Bernanos<sup>4</sup> o Simone Weil<sup>5</sup>, una cierta disconformidad con el catolicismo imperante, que desembocaría,

<sup>1</sup> En el periodo que vamos a estudiar 1956-1966, José Jiménez Lozano firmó 400 artículos en *El Norte de Castilla* y 45 en la revista *Destino*. Aunque nos parece interesante los títulos que dio a cada texto, la amplitud de los mismos nos aconseja no incluir un anexo.

<sup>2</sup> De los nombres citados por Miguel Delibes y otros que aparecen con frecuencia en estos primeros escritos de Jiménez Lozano, puede decirse que reúnen unas características comunes. Son escritores franceses, nacidos a finales del siglo XIX; pensadores, casi todos tomaron partido por los asuntos de la actualidad, muy acorde con el concepto de intelectual en la cultura francesa. Algunos se acercan a los postulados socialistas y otros la abandonan en la evolución de su trayectoria. Todos ellos fueron católicos profundos y algunos tuvieron fuertes experiencias religiosas, desde la conversión a la mística. Estas actitudes chocaban con la mentalidad católica de España, más homogénea y más cerrada al pensamiento y al debate intelectual. En cuanto a Julien Green, aunque sus padres eran estadounidenses, nació en París en 1900 y fue uno de los grandes escritores franceses del siglo XX. A los 16 años se convirtió al catolicismo. Durante la II Guerra Mundial fue movilizado y enviado a Nueva York para trabajar en la Oficina de de Información de Guerra de los Estados Unidos. Desde la recién estrenada *Voz de América* enviaba sus transmisiones a Francia.

<sup>3</sup> Intelectual francés (1873-1914), buscador e inquieto, sintonizó primero con el socialismo. En su búsqueda de la verdad se convirtió al catolicismo. Compaginó la escritura política y polémica, con obras místicas, pero no llegó a ser aceptado ni por los socialistas ni por los católicos.

<sup>4</sup> Georges Bernanos (1888-1948) escritor francés, compaginó diversos géneros literarios. Con un sentido católico muy arraigado, escribió sobre la condición humana avistada desde un sentimiento trágico.

<sup>5</sup> Filósofa francesa judía nació en 1909. Inquieta intelectualmente y comprometida con la sociedad, evolucionó desde al pacifismo que siempre defenderá, al sindicalismo revolucionario de corte marxista, para arribar al reformismo revolucionario en el que los pobres tendrían su protagonismo. Durante la Guerra Civil Española colaboró con artículos en publicaciones anarquistas y se alistó en el bando republicano. Allí conoció a Georges Bernanos, con quien descubrió el cristianismo. Su vida sufrió un cambio radical y desde entonces la contemplaba desde la óptica católica. A pesar de su religiosidad y de las

años más tarde, en el pontificado de Juan XXIII, con cuyo aggiornamento y apertura se identificaría Pepe plenamente.»<sup>6</sup>

Poco a poco, el novelista fue contando cada vez más con aquel joven de pluma ágil: le encargó artículos para “Las Artes y las Letras”, le encomendó la confección de nuevas secciones en el periódico como “El Caballo de Troya” y facilitó que también publicara en el semanario Destino. En 1965, Jiménez Lozano entró a formar parte de la plantilla del diario vallisoletano, donde permaneció hasta su jubilación en 1995, llegando a ocupar el cargo de subdirector en 1978 y de director en 1992. Diversas publicaciones periódicas le pidieron su colaboración y así sus artículos aparecieron en diarios –*El Sol*, *Informaciones*, *El País*, *ABC*, *Grupo Promecal*, *La Razón*– y revistas, principalmente en *Destino* y *Vida Nueva*.

Su dilatada carrera literaria, más de 60 obras –narración, poesía, relatos cortos, novelas, cuentos, ensayos– le ha hecho acreedor de importantes premios, entre los que cabe destacar el Premio Cervantes de Literatura, concedido en el año 2002. Ha sido traducido a diez idiomas y es objeto de estudios académicos.

En este breve texto se pretende mostrar la talla intelectual del autor y la idea de anticonformismo que transmite en los diez primeros años de escritura en prensa, es decir, entre los años 1956 y 1966. En esta época aparecieron publicados en *El Norte de Castilla* y en la revista *Destino*.

### ***1.1. Contexto de los primeros escritos periodísticos***

Las publicaciones de mediados de los años 50 vivían en una situación de censura heredada de un pasado trágico: la Guerra Civil. Sin embargo, habían pasado casi veinte años desde su final. La posguerra –con el hambre, el ostracismo y las depuraciones– empezaba a ser una pesadilla pretérita. Ciertas secuelas persistían. Políticamente, los vencedores continuaban sus luchas para obtener predominio en el Movimiento Nacional, mientras que la sociedad no contaba con cauces de participación política. Culturalmente, la desconfianza hacia los intelectuales había producido su depuración y el exilio voluntario de algunos de ellos.<sup>7</sup> A la sangría física e intelectual se unió la instrumentalización de la cultura como un vehículo de propaganda del Régimen. El aislamiento y control, limitaron y condicionaron su desarrollo en España, aunque no pueda calificarse, con rigor, a esta etapa de páramo inte-

---

experiencias místicas que tuvo, nunca llegó a bautizarse. Con la ocupación nazi de Francia, ingresó en la Resistencia. Murió en 1943 enferma de tuberculosis.

<sup>6</sup> DELIBES, Miguel, “Reconocimiento de un escritor”, *Pegar la hebra*, Barcelona, Destino, 1990, p. 122.

<sup>7</sup> Gonzalo Redondo califica de “tópico” el que se identifique la intelectualidad con la causa democrática. “La indefinición de muchos intelectuales, especialmente en cuerpos de élite, es, creemos un factor a considerar para el conocimiento de este sector social en los años de la guerra civil”, REDONDO, Gonzalo, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco*, p. 147, nota 121.

lectual.<sup>8</sup> La situación acabaría volviéndose en contra de sus mentores pues, la presión política generó cierto vacío cultural que fue colmado por la cultura liberal que se pretendía erradicar. A finales de la década de los cincuenta, aquellos esquemas ideológicos fomentados tras la guerra, empezaban a resultar estrechos para una sociedad ya diferente. Algunas de las medidas de intervención cultural más draconianas fueron las que se ejercieron con la Prensa, merced a una ley que había sido concebida en pleno apogeo de la guerra, en 1938, y que se mantuvo hasta 1966: la censura previa, las consignas y, en definitiva, el control absoluto sobre los medios de comunicación, asfixiaban y enrarecían el ambiente en el que aquella debía realizar su cometido.<sup>9</sup> A pesar de todo, los periódicos se habían acostumbrado a aquella injerencia estatal y sabían cómo burlarla.

La sociedad iba conociendo un paulatino cambio: los hombres y mujeres que llegaban a la edad de ejercer una profesión no habían participado ya en el enfrentamiento civil, como ocurría con José Jiménez Lozano; el ostracismo frente a España se había diluido aunque muchos países mantuvieran reticencias sobre el régimen de Franco; el Plan de Estabilización estaba poniendo las bases de un desarrollo económico y social que fomentaba la expansión de nuevas clases sociales pujantes y con nuevas aspiraciones; y como remate, desde la Iglesia se enviaban mensajes de libertad y de respeto a la dignidad humana a través del Concilio Vaticano II.<sup>10</sup>

En marzo de 1966 se aprobó, por fin, una nueva Ley para la prensa, conocida como la Ley Fraga. En aquel contexto de falta de libertad, supuso una cierta apertura, aunque en realidad bastante limitada por el control del Gobierno, y no por la Justicia, que dio lugar a numerosos expedientes, sanciones y secuestros<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> “El fuerte doctrinarismo dogmático del régimen, a pesar de su notable potencial perturbador, no fue capaz de influir por completo en el tejido cultural del país.”, FERRARI, Álvaro, “La vida cultural: limitaciones, condicionantes y desarrollo. El franquismo” en Paredes Javier (coord), *Historia Contemporánea de España siglo XX*, Ariel, 1993, p. 837

<sup>9</sup> Pablo Pérez detalla hasta dónde llegaron las injerencias estatales: “(...) con el gobernador hubo también problemas, en noviembre de 1957, por un artículo titulado “Los huevos a 29 pesetas la docena”, que no le pareció nada oportuno: Cebrián fue amenazado con el destierro”, PÉREZ LÓPEZ, Pablo, *Católicos, política e información*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, p. 212.

<sup>10</sup> “Los frescos aires del Concilio Vaticano II trajeron consigo también libertad religiosa, aplicada a España mediante una ley de 1967. No dejaba de ser una aparente contradicción que una nación que hasta entonces había vivido bajo el principio de confesionalismo católico, que siguió manteniéndose, admitiera dicha libertad, pero a ello le obligaba su declarada lealtad a la doctrina católica emanada del Concilio.”, SÁNCHEZ ARANDA, José Javier, BARRERA DEL BARRIO, Carlos, *Historia del periodismo español desde sus orígenes hasta 1975*, Pamplona, EUNSA, 1992.

<sup>11</sup> “La evolución cultural de los años sesenta puso, en fin, las bases desde las cuales surgió una nueva mentalidad, que haría posible –sin grandes traumas ni sobresaltos– el tránsito del franquismo a la democracia. Contribuyó, por añadidura, a agrietar los muros autárquicos elevados en el campo cultural e intelectual por un régimen empeñado en la defensa a ultranza de las ‘autenticidades españolas’ y facilitó el establecimiento de fructíferas (si bien limitadas) zonas de contacto con las nuevas corrientes culturales que surcaban el dinámico panorama intelectual y científico occidental de los años sesenta y setenta, FERRARI Álvaro, *op.cit.*, p. 859.

Cuando Jiménez Lozano comenzó sus colaboraciones en *El Norte de Castilla*, se había producido un cierto alivio de la presión del Estado, gracias a la orden ministerial del 28 de enero de 1952 que obligaba a que los periódicos otorgasen un contrato civil a sus directores, previa aceptación y aprobación por el Gobierno. Lo que en un primer momento parecía un nuevo método de control, el periódico lo resolvió a su favor. La nueva normativa permitió a la empresa expresar su disconformidad con la imposición de Gabriel Herrero como director. Las negociaciones concluyeron en que el diario se reservaba la dirección efectiva del periódico a través de la figura del gerente, Fernando Altés Villanueva, dejando reducido el papel del director a mero nombre.<sup>12</sup> Esta fórmula les permitía, por primera vez desde el final de la Guerra, controlar su dirección. Pronto se hizo patente la necesidad de establecer la figura de un subdirector que ejercitase dicha labor. Francisco de Cossío, el anterior director depuesto por el Gobierno, parecía el candidato natural. En junio de ese año pudo incorporarse al diario pero, al estar marcado por la desconfianza del Régimen, desde el Consejo de Administración de *El Norte de Castilla* se declinó esa posibilidad y se ideó una estratagema. Consistía en preparar para esa tarea a Miguel Delibes, tan sólo un redactor, que se encontraba libre de sospecha.<sup>13</sup> De este modo, en 1953, Delibes, con 33 años, se convirtió en el primer subdirector en la historia del periódico. Junto con Fernando Altés Villanueva, el gerente, formaron un compenetrado equipo que supo granjearse la confianza del Consejo y la redacción. Poco después, en 1958, fue nombrado en director interino y en 1961 pasó a ser el director.<sup>14</sup>

Por entonces se había producido en Valladolid una pequeña revolución periodística venida de la mano de *Diario Regional*, desde que en 1955 recalara en él un nuevo equipo encabezado por Jesús María Zuluoga.<sup>15</sup> Aunque su tirada era menor, se convertía repentinamente en competidor para *El Norte de Castilla*, que acusó el nuevo modo de hacer de aquél: frente al periodismo de mesa desarrollaron el de la calle, abordaron todo tipo de temas que interesaban a los lectores, mejoraron

---

<sup>12</sup> SÁNCHEZ, SÁNCHEZ, José Francisco, *Miguel Delibes, periodista*, Barcelona, *Destino*, 1989, p. 84.

<sup>13</sup> En su libro sobre la trayectoria periodística de Delibes, Sánchez subraya que éste era el periodista más joven de la redacción que contaba, entre otras personas con Ángel de Pablos, que trabajaba a su vez a las órdenes de Antolín de Santiago Juárez, el Delegado Provincial de Prensa, en la tarea de censura de los periódicos. *op. cit.*, p. 92

<sup>14</sup> Desde su primer nombramiento en el diario, Delibes emprendió diversas iniciativas, como la inauguración de secciones y suplementos para los que contó con el concurso de jóvenes inquietos que, con el tiempo, se convirtieron en grandes figuras del periodismo: Francisco Umbral, Manuel Leguineche, César Alonso de los Ríos, Javier Pérez Pellón, José Jiménez Lozano, etc. Su labor informativa, especialmente la relacionada con la crítica situación de la agricultura en Castilla, se vio siempre expuesta a la suspicacia del Ministerio y se tradujo en una serie de enfrentamientos que finalizaron con su apartamiento oficial de la dirección, aunque desde la sombra seguía marcando la singladura del periódico.

<sup>15</sup> Véase PÉREZ LÓPEZ, Pablo, *op. cit.*, p.193 y ss.

la estructura y la maquetación, hicieron campañas en los pueblos, etc.<sup>16</sup> Para abordar nuevos proyectos, desde *El Norte de Castilla* se recurrió a la colaboración de jóvenes universitarios, ya que no era factible contratar a más empleados. Entre ellos estuvo José Jiménez Lozano.

En cuanto a *Destino*, la entrada de Jiménez Lozano se debe a la estrecha relación de Miguel Delibes con Josep Vergés, editor de la revista y de la editorial en la que publicó su obra desde que ganó el premio Nadal en 1947. El semanario se fue configurando paulatinamente como una de las plataformas más significativas de la cultura española, especialmente de la catalana.<sup>17</sup> Con la Ley Fraga de 1966, conoció una evolución en parte pareja a la sociedad española. Su tono era ya el de una revista de oposición, aunque solapadamente, puesto que como empresa evitaba los conflictos con el Gobierno. Se distanciaba de él reduciendo la evidencia del franquismo a la mínima expresión, tratándolo sólo en coyunturas obligadas, como fue la visita de Franco a Barcelona, o en fechas muy relevantes. Entre 1967 y 1969 fue expedientada doce veces y cerrada durante unos meses. En contrapartida adquirió un prestigio creciente en la sociedad española y se situó como «uno de los portavoces legales de la oposición al franquismo».<sup>18</sup>

En el año 1964, Jiménez Lozano que todavía no era redactor contratado de *El Norte de Castilla*, fue elegido por Delibes, en una audaz apuesta, para que asistiese a la celebración de la Tercera Sesión del Concilio Vaticano II, un hecho un tanto insólito en aquellos momentos en los que los laicos apenas tenían espacio en tales eventos. En ese año fue cuando con el título de “Cartas de un cristiano impaciente”, el nombre de Jiménez Lozano comenzó a hacerse asiduo para sus lectores. Sus escritos reflejaban una actitud de inconformismo frente a la situación común de cerrazón que se daba en ciertos ambientes intelectuales y religiosos de la España de aquel tiempo. Ese talante, que mantuvo y mantiene hoy en día, le granjeó la calificación de católico progresista en una época en la que tal denominación no tenía unas resonancias positivas, sino más bien al contrario. A través de los temas de la actualidad, la celebración del Concilio, y un lenguaje religioso que podía utilizarse sin levantar, en principio, las sospechas de las autoridades, su escritura iba, sin embargo, cargada del arma mortal de su pensamiento y de su crítica. Lanzaba un grito de urgencia pidiendo libertad, apertura, cambio, seriedad intelectual.

---

<sup>16</sup> PÉREZ LÓPEZ señala, en la obra citada, la inferioridad en la que se encontraba *Diario Regional* frente a *El Norte de Castilla*, considerado por antonomasia “el periódico” de la ciudad. Del mismo modo recoge una carta en la que Fernando Altés Villanueva expresaba su “inquietud y descontento” a Miguel Delibes, por el modo cansino con el que se trabajaba, en comparación con el diario competidor. *op.cit.*, p. 204.

<sup>17</sup> Cfr. GELI, Carles, HUERTAS CLAVERÍA, Josep M., *Las tres vidas de “Destino”*, Barcelona, Anagrama, 1991.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pág. 89.

## 1.2. *Pionero, crítico, disconforme y rebelde*

En 1956 apareció, en el suplemento de *El Norte de Castilla* «Las Artes y las Letras»<sup>19</sup>, el primer artículo firmado por un nombre entonces desconocido, José Jiménez Lozano, que a la sazón cabalgaba desde la juventud de sus 26 años:

«Estos son los hombres no sobornados por la civilización técnica de que nos hablaba Ortega a la muerte de Max Scheler,<sup>20</sup> gracias a los cuales nos amanece cada alba con los dedos tan rosados como en los poemas homéricos. Nos amanece después de cada tiniebla de estupidez y de barbarie, de infrahumanismo, de frivolidad y de mentira.»<sup>21</sup>

Escribía así comentando la muerte del escritor y pensador Giovanni Papini.<sup>22</sup> Estas pocas palabras sirven para enmarcar este breve apunte sobre el talante del nuevo colaborador. Dando por descontado que la figura de Papini era conocida por el público, subrayaba el significado de su pérdida. Lanzaba una alarma porque se había apagado una potente luminaria en una sociedad que describía como una “civilización técnica” que se caracterizaba por la “tiniebla de la estupidez y de barbarie, de infrahumanismo, de frivolidad y de mentira”. La luz que emanaba de Papini la resumía en su carácter insobornable, en su independencia frente a cualquier sumisión. Ambas cualidades serán dos referencias constantes en los primeros escritos del joven escritor. Apuntaban a un modo de vida que incumbía, de modo particular, al intelectual, al pensador, a la persona que trabajase con el conocimiento. De ellas se deducen las tres preocupaciones que, según él, había de tener quien se dedicase a la labor de pensar: desarrollar el suficiente sentido crítico para detectar todo aquello que desde fuera de la propia persona –ideologías, propagandas, medios de comunicación, etc.– pudiese ahogarla; el peligro de abdicar de lo mejor de sí misma cuando cede a la superficialidad, a la violencia o a la impostura; y como vacuna ante ello, la preocupación por cuidar la inteligencia y formarse un criterio propio. En estos tres puntos nos detenemos a continuación.

<sup>19</sup> Se trata de un suplemento dominical puesto en marcha el 1 de diciembre de 1955 por impulso de Miguel Delibes. *El Norte de Castilla* constaba entonces de 8 páginas tamaño sábana.

<sup>20</sup> Filósofo alemán nacido en 1874, desarrolló la filosofía de los valores y puso los fundamentos personalistas de la ética. Se convirtió al catolicismo, aunque se distanció al final de su vida de la Iglesia. Fue de los primeros pensadores que advirtió del peligro del advenimiento del nazismo al poder. Murió en 1928.

<sup>21</sup> JIMÉNEZ LOZANO, José, “Llanto junto al Arno, Responso para Giovanni Papini”, *El Norte de Castilla*, 19 de agosto de 1956, p.3. A partir de aquí, siempre que nos refiramos a Jiménez Lozano en las notas a pie de página, omitiremos el nombre.

<sup>22</sup> Giovanni Papini fue un polifacético escritor nacido en Florencia en 1881, donde murió en 1956. Fundador de revistas, ensayista, poeta innovador, polemista brillante, este autodidacta infatigable renovó el panorama cultural de su tiempo. Desde el anticlericalismo y agnosticismo radical se convirtió al catolicismo, pasando a ser un defensor apasionado.

### 1.2.1. Sentido crítico

Puesto que la tarea del intelectual gravita en torno a la búsqueda de la verdad, entendía que, sin ese afán, el estudioso se estaría falseando a sí mismo y estaría prostituyendo la especial relación que había adquirido con la sabiduría. Ese sentido crítico era la tarea fundamental que debería inculcarse a los niños desde los primeros momentos de su educación:

«Una escuela debe ser un lugar en el que el niño adquiera inquietud intelectual, en el que se enseñe a despojarse de todo amor que no sea el de la verdad incluso cuando vaya contra los propios intereses, y una permanente lección de incredulidad, de crítica, de petición de explicaciones a cualquier fenómeno natural o histórico, a cualquier conducta humana.»<sup>23</sup>

Con el título de “El memorismo contra la inteligencia” escribía en 1964 estas palabras, dirigidas a sacudir el sistema de instrucción vigente. Hacía ver cómo la falta de crítica engendraba odios y ponía ejemplos prácticos. Se había enseñado al bachiller católico que Lutero era un blasfemo y en aquel momento, con el Concilio Vaticano II, costaba cambiar los esquemas de la gente para que entendieran que el protestante era un hombre honesto.

«La función del intelectual y del maestro es precisamente la de luchar de la mañana a la noche contra estas tres lacras y, a la vez, tres tendencias de la naturaleza humana que dice el P. Lubac: la pereza mental, el sectarismo y la credulidad.»<sup>24</sup>

Las tres deformaciones –pereza mental, sectarismo y credulidad– constituían la trama en la que se tejía la frecuente tentación de explicar el mundo de manera maniquea y, por ello, no le extrañaba ciertas visiones simplistas que se estaban produciendo en España,

«(...) las bombas atómicas de los americanos son santas mientras son diabólicas las bombas atómicas soviéticas (...)»<sup>25</sup>

No sólo estaba criticando a un tipo de gobierno, sino que apuntaba a asuntos más universales pues hacía ver que ese modo de proceder era el que posibilitaba el éxito de los sistemas políticos o de las ideas más irracionales. Se hacía necesario desarrollar en el ciudadano el sentido crítico, y no el adoctrinamiento.

No concebía el quehacer del investigador como el mero desarrollo de unas habilidades técnicas o la apropiación y uso aséptico de una serie de parcelas de la sabiduría. Tener como instrumento de trabajo al estudio y como objeto del mismo la comprensión de la verdad, acarrearba como consecuencia la aceptación de que ésta se trasladase, como por vasos comunicantes, a todos los rincones del ser y del

<sup>23</sup> “El memorismo contra la inteligencia”, *El Norte de Castilla*, 19 de abril de 1964, p. 6.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Ibidem*.



hacer de la persona. Criticaba por ello la esquizofrenia que, a veces, se producía en el científico. No podía entender, por ejemplo, que un químico pudiera ser capaz de fabricar bombas atómicas y no se plantease ninguna pregunta en torno a lo que eso significaba.

«(...) el intelectual auténtico en cuanto es él mismo un hombre privilegiado está comprometido en la lucha por la justicia como en la lucha de la paz, por ejemplo, y no puede dejar de reflejarlo en su obra.»<sup>26</sup>

El hecho de someter al tamiz del juicio crítico todo aquello que ocurriese en torno a él, requería del intelectual, o del hombre que quisiera asimilarse a sus características, ejercer su trabajo con rebeldía. Consecuencia de la actitud crítica tendría que ser la labor de “menear la podredumbre” que se encuentra en toda sociedad, es decir, entrar al trapo, intelectualmente, en lo que en ella hubiese de podrido, de miseria, de hipocresía, de violencia. Lo escribía en 1957, en el centenario de la publicación de *Las Flores del mal*, de Charles Baudelaire, a quien defendía de la oleada de críticas que levantó en su tiempo:

«Fue condenado por corruptor en una sociedad que era hipócrita y no quería ver que había en ella mucha podredumbre. Después vinieron tres genios malos -Marx, Nietzsche, Freud- que dieron la puntilla a ese mundo de pastiche.»<sup>27</sup>

La defensa de Baudelaire en una sociedad fuertemente protegida y culturalmente censurada, muestran que estamos ante una personalidad fuerte, un pensamiento original que se reflejan en unas palabras atrevidas. En esa tarea de remover el mal para curarlo, el pensador tendría que estar preparado para recibir el pago de la incompreensión, de la soledad y por lo tanto, le correspondía ejercer de manera extraordinaria la valentía. Definía esa actitud como la del pionero, pues suyo era el deber de abrir caminos desconocidos. Ello provocaría el rechazo de quienes no entendiesen su labor y que se opondrían a sus palabras y hasta a su modo de vida. Defendió con pasión a cuantos cargaban con el anatema de herejes impuesto por una mentalidad social esclerotizada por pensamientos de corto alcance. No muy lejana estaba la figura de Unamuno,

«(...) se toma en serio el problema religioso cuando, en nuestra Patria y de modo general, los intelectuales se dividían en intelectuales católicos devotos, bastante ignorantes de su credo, e intelectuales aparatosamente laicos e infinitamente más ignorantes del cristianismo, que despreciabas la cuestión religiosa, considerándola indigna de hombres “cultos”. Precisamente Unamuno llamaría inculto a todo aquel que no siente el problema religioso –el único problema en realidad– y todo el Unamuno de carne y

<sup>26</sup> “Literatura de compromiso”, *El Norte de Castilla*, 25 de agosto de 1963, p. 6.

<sup>27</sup> “Las flores del mal” (1857-1957), *El Norte de Castilla*, 4 de agosto de 1957, p. 3.

hueso se levantaría de su tumba si oyese todas estas interpretaciones antirreligiosa de su pensamiento.»<sup>28</sup>

El ostracismo al que ve sometida la labor crítica, será una idea constante que se reflejará también en su obra literaria. Como muestra puede citarse *El viaje de Jonás*, en el que el pionero o el intelectual, en este caso el profeta, tiene que gritar las verdades, y no se atreve a hacerlo porque no quiere asumir las consecuencias:

«(...) pero Jonás, como era un profeta muy pequeño, y sólo había pronunciado profecías muy pequeñas, y además le habían retorcido un brazo y se había hecho un esguince en un pie a cuenta de asuntos del oficio, tenía una vanidad y un orgullo muy pequeños también y como si fueran bastantes perezosos como para andarse poniendo de pie a cada momento (...)»<sup>29</sup>

Admiraba el modo de ser y hacer de algunos intelectuales franceses contemporáneos, como Simone Weil, Georges Bernanos, François Mauriac y otros. Con ellos dibujaba el papel que debían desempeñar en la sociedad,

«(...) el implacable escalpelo del novelista sobre el corazón humano hasta señalar nos en nuestro propio corazón la basura bien guardada y hasta perfumada y envuelta en pieles o el algún aséptico estuche en la bodega más oscura de nuestro yo.»<sup>30</sup>

En España se hacía difícil esa tarea. Entonces reinaba una gran pereza mental que llevaba a la crítica demolidora, sin mesura ni piedad, de cuantos intentasen ejercer el noble oficio del pensamiento:

«Y si hoy en nuestra España alguien dijese que nuestra vida intelectual es puro y tristísimo remedo de una vida intelectual auténtica, si alguien lanzase el bulo de que nuestra forma de vivir el catolicismo adolece de tisis (...) entonces ese hombre sería procesado inmediatamente por las gentes honestas, por los avisadores de herejías, por la sociedad toda.»<sup>31</sup>

A lo largo de los siglos se había repetido el rechazo a quien innovaba. A propósito del segundo centenario de la muerte del Padre Feijóo, recordaba aquel caso sangrante:

«Había nacido en él una mentalidad científica, sencillamente irrespetuosa con la rutina y las ‘autoridades’, una mentalidad crítica. Y la adquisición de la verdad no tiene otro camino que éste, en 1764, cuando murió nuestro fraile, y en 1964 en los ambientes que todavía no se han incorporado al universo racional del mundo moderno»<sup>32</sup>

<sup>28</sup> “Un breviario de la esperanza”, *El Norte de Castilla*, 6 de octubre de 1960, p. 3.

<sup>29</sup> *El viaje de Jonás*, Ediciones del Bronce, Barcelona 2002, pp. 34-35.

<sup>30</sup> “Mauriac o un bisturí en el corazón humano”, *El Norte de Castilla*, 11 de abril de 1965, p. 15.

<sup>31</sup> “Las flores del mal (1857-1957)”, *El Norte de Castilla*, 4 de agosto de 1957, p. 3.

<sup>32</sup> “Feijoo o el espíritu crítico”, *El Norte de Castilla*, 19 de julio de 1964, p. 7.

No era algo sólo de aquellos tiempos. Había que menear la propia podredumbre y, en un régimen de fuerte censura, Jiménez Lozano realizó ese menester a través de la comparación histórica. Así recordó la vida del P. Lacordaire<sup>33</sup> que conoció dos situaciones difíciles y opuestas entre sí en la relación del Estado con la Iglesia: primero la confusión entre el trono y el altar con Carlos X –había que ser católico y cumplir con la Pascua para no ser perseguido; se promovían actos de reparación por los crímenes cometidos contra la religión y contra el trono, etc.–; y en segundo lugar, tras la sublevación del pueblo en 1830, la reacción de persecución a la Iglesia con “una saña estúpida del sucesor Luis Felipe”. En un primer momento, Lacordaire se alegró de que se rompiera con la mentalidad de Carlos X, pero poco después, víctima del acoso, tuvo que huir a América. En el centenario de su muerte, recordaba las lecciones que se desprendían de su vida y lanzaba su mensaje a la España del momento:

«No bajemos la cabeza. Cuando la Iglesia se inclina, la Iglesia se pierde (...) Nuestro deber será mil veces soportar herencias como las de Carlos X, soportar situaciones como la de Luis Felipe, no escapar a la América de nuestra comodidad, sembrar de amor un campo enemigo y guardar la independencia cristiana frente a los halagos y frente a mil imperios en pie de guerra»<sup>34</sup>

Al pasado recurría en búsqueda de esos hitos que podían enseñar a la sociedad de su tiempo. ¿Qué mejor cátedra que la del propio Cervantes? Hacía ver que fue subversivo, contrariamente a Quevedo o Góngora quienes se dedicaron a “hinchar el odio contra el judío, el musulmán”, mientras que Cervantes no se dejó llevar por los prejuicios de su tiempo.

«La verdad siempre es subversiva, cuando una sociedad vive en la mentira. (...) Por eso no pasó de ser “el señor Miguel” en un mundo de complicados y barrocos tratamientos y sustanciosas prebendas para los conformistas.»<sup>35</sup>

Era el año 1964 y todavía imperaba la Ley de Prensa aprobada durante la Guerra Civil. Pero la censura no podía amordazar una escritura inteligente que decía las verdades sin complejos.

<sup>33</sup> Vivió durante la primera mitad del siglo XIX, estudió en la Universidad de París y se convirtió a los 21 años, entrando en la orden de los predicadores. Intelectual y gran orador, sus prédicas eran escuchadas en la Catedral de Notre Dame por los intelectuales de París, incluidos aquellos que no tenían fe. Es considerado el mejor orador sagrado de Francia. Como abogado le interesaba la cuestión de los derechos de los hombres y los pueblos, la libertad, el progreso. Fundó y dirigió el periódico *L'Ere Nouvelle*, de gran influencia, pues llegaron a vender 20.000 ejemplares en las calles y tener más de 3.200 suscriptores. Sus ideales sirvieron de base y como fermento para la creación de un movimiento político demócrata-cristiano, dirigido por laicos y religiosos.

<sup>34</sup> “Un hombre independiente”, *El Norte de Castilla*, 4 de febrero de 1962, p. 7.

<sup>35</sup> “La fiesta de los libros”, *El Norte de Castilla*, 23 de abril de 1964, p. 3.

### 1.2.2. *El peligro de la abdicación del pensamiento*

Jiménez Lozano remachaba de manera constante la primacía del hombre sobre las estructuras que éste creaba –organizaciones sociales, políticas o ideológicas– y lo hacía de manera periodística, aprovechando los acontecimientos del momento. En 1964, a propósito de las elecciones italianas, escribió sobre su nuevo presidente, Giuseppe Saragat,<sup>36</sup> pues admiraba la trayectoria de ese hombre que rompía con las ideologías que ahogaban a la persona,

«(...) representa una sabia moderación, una opción moral por la persona humana allá donde ésta se halle amenazada y su pasión por la libertad frente a cualquier totalitarismo de izquierdas o de derechas.»<sup>37</sup>

Aprovechaba onomásticas de personajes importantes. En 1965 le sirvió de apoyo el 90 cumpleaños del doctor Schweitzer<sup>38</sup> que murió unos meses después de que él publicara un artículo:

«La historia se transformará de arriba a abajo el día que el hombre comience a guardar realmente ese respeto por la vida y a sentir horror por su destrucción. Es quizás una utopía, esto es, un largo proceso de maduración humana y de confianza en el hombre. Es probablemente lo que llaman un idealismo todos aquellos que ya han envejecido prematuramente, o una peor vejez que es la del escepticismo y la de los realismos que desprecian al hombre y proclaman cada día que éste necesita solamente de la fuerza bruta como un potro eternamente indomable.»<sup>39</sup>

Ambos, como ocurrirá a lo largo de todos sus escritos, coincidían en ser lejanos a la propuesta del nacionalsindicalismo: Schweitzer era un teólogo protestante y Saragat un socialista, pero de ambos había que aprender el sentido de humanidad y el respeto por la vida de las personas.

Protestó con energía contra lo que fuera privar al hombre del uso de la inteligencia, viniera de donde viniera. En primer lugar de la propia Iglesia a la que Lozano pertenecía. Cercana le resultaba la vida de Teilhard de Chardin, personaje que fue tan incomprendido. Admiraba que, a pesar de haber sido objeto de censura y críticas repetidas, el pensador jesuita no había renunciado ni a su vocación de cristiano ni a su vocación de intelectual. Ésta era una de sus características: la coheren-

<sup>36</sup> Político italiano, socialista rompió en 1947 con su partido por la estrecha alianza que tenía con el Partido Comunista Italiano y fundó uno nuevo de corte más moderado: el Partido Socialista Democrático Italiano.

<sup>37</sup> Giuseppe Saragat, o la vocación de libertad, *El Norte de Castilla*, 10 de enero de 1965, p. 6.

<sup>38</sup> De origen alsaciano, fue una gran personalidad del siglo XX al reunir las facetas de filósofo, teólogo protestante, músico y médico. Pasó gran parte de su vida en África donde atendió a millares de enfermos. Su contribución más importante a la humanidad fue la defensa de la vida, junto con la crítica a la sociedad occidental. Recibió el Premio Nobel de la Paz en 1952.

<sup>39</sup> “El buen Dr. Schweitzer”, *El Norte de Castilla*, 14 de febrero de 1965, p. 5

cia y la fortaleza para asumir las consecuencias del propio pensamiento, aunque éste acarree la incomprensión y la exclusión:

«Vuelve a caer sobre él la censura más despiadada, que es siempre la menos autorizada. Los censores no entienden una sola palabra de lo que escribe Teilhard, pero basta que el sabio jesuita no repita las ideas de todo manual controlado para declararle hereje. ¿Por qué esa prevención en ciertos ambientes contra las fuertes personalidades cristianas?»<sup>40</sup>

Aunque se dirigiese a la Iglesia, no ahorra las palabras duras y llenas de tristeza ante las actitudes conformistas y de miedo ante el pensamiento. Forzosamente, éste viene a romper o al menos a desempolvar los viejos conocimientos, para reciclarlos o recolocarlos según se avanza en el camino universal del saber.

«Pienso ahora en unas amargas palabras del P. Congar: se pueden contar con los dedos de la mano los innovadores, renovadores, reformistas o inconformistas que han hecho daño a la Iglesia a lo largo de los siglos. No podemos contar de manera alguna el daño que la han hecho los rutinarios, los conformistas, los opuestos a toda idea nueva, a toda reforma.»<sup>41</sup>

Pero confiaba en que la verdad se abriría camino a través de todas las dificultades,

«La verdad tardará en triunfar un milenio, pero triunfará. Sólo que debe ser terrible la responsabilidad de los que la zancadillea. (...) ese triunfo tardío es más bien dramático.»<sup>42</sup>

No es la única vez que las palabras de Jiménez Lozano tienen cierto aire profético. Años más tarde, desde el Vaticano se alababa a aquel gran hombre y los propios Papas han ensalzado la figura de Teilhard de Chardin.<sup>43</sup>

Defendiendo estas características del intelectual, estaba defendiendo la naturaleza del propio hombre que, por su misma estructura antropológica, no puede abdicar de la búsqueda de la verdad, imán al que tiende la capacidad, tan específicamente suya, del raciocinio.

Otras veces comentaba las humillaciones que recibían las inteligencias contemporáneas. Tenían su máximo parangón en los regímenes políticos basados en el marxismo. Arremetió con frecuencia contra la China comunista, que con su Revolución Cultural estaba exigiendo a los ciudadanos que renunciasen a su intelecto y a su libertad, a favor de una obediencia ciega al Estado. Apoyándose en las palabras de Bernanos, afirmaba que el mayor reproche que había que hacer a Hitler y a Sta-

<sup>40</sup> “A los diez años de la muerte de Teilhard de Chardin”, *Destino*, 8 de mayo de 1965.

<sup>41</sup> “El profeta Teilhard”, *El Norte de Castilla*, 17 de diciembre de 1964, p. 3 y 13.

<sup>42</sup> “A los diez años de la muerte de Teilhard de Chardin”, *Destino*, 8 de mayo de 1965

<sup>43</sup> El 21 de julio de 2009 Benedicto XVI se refería a él en la homilía pronunciada en Aosta: “Es la gran visión que después tuvo también Teilhard de Chardin: al final, tendremos una verdadera liturgia cósmica, en la que el cosmos se convierta en hostia viva.”

lin era que querían enviar a sus pueblos a los colegios victorianos, pues allí les sería imposible pensar.<sup>44</sup>

Sus palabras no eran reflejo de una obsesión por la caza de brujas del comunismo. Se comprueba, entre otros artículos, en que se dolía de las malas noticias que ocurrían en aquellos países, como sucedió con la deposición de Kruschef. Con su partida, la URSS caía en manos de la derecha estalinista, cuyos métodos el ex dirigente había querido destruir,

«(...) en realidad Kruschef ha significado tanto para el comunismo mundial que no va a ser posible tan fácilmente borrar su huella de cordura, humanismo y apertura ideológica.»<sup>45</sup>

Es más, junto a la preocupación que le producía aquello, se percibe que lo que más le entristecía del suceso era que se había producido un atentado a la libertad y la dignidad de la persona, y eso era algo terrible, independientemente del espectro político de donde viniera,

«Pero todas estas son cosas que no me importa ahora comentar. Lo que quisiera comentar son los procedimientos comunistas de absoluto desprecio del hombre que se han revelado una vez más en esta destitución de Kruschef.»<sup>46</sup>

Como ya se ha señalado, en repetidas ocasiones alzó su voz frente a la sociedad española en la que él vivía, constreñida por la censura política, cultural o moral, o sumida en la idiocia del pensamiento de masas. Si durante los años que coincidieron con el tardofranquismo criticó el ambiente cerrado que dominaba, también lo hizo de cierto progresismo, aunque él mismo fuera tildado de progresista. Una muestra se encuentra en su reacción a la exaltación que *El Norte de Castilla* realizó de la obra Galileo de Bertold Brecht. En aquel texto no escribía con la pasión de quien se siente ofendido personalmente, sino con serenidad, desde el conocimiento del asunto sobre el que se trataba. Afirmaba que, ciertamente, en el primer acercamiento al tema Galileo podía tenerse esa impresión:

«(...) uno se hacía cruces y se enfrentaba a la Iglesia porque dificultaba la investigación (...) y si además se está inspirado por cierta mística cientista, se entroniza a San Galileo en el corazón y si se lee a Bertold Brecht, su obra "Galileo" se le hace revolucionario contra la Iglesia feudal. (...) Convendrá centrar las cosas y plantearlas en su perspectiva justa. (...) Ahora las cosas ya están bastantes claras. El Sol es el centro de nuestro sistema, Dios el centro de todos, San Galileo es sólo un dios de sectarios o

<sup>44</sup> “El infierno de China”, *El Norte de Castilla*, 26 agosto de 1967, p. 12.

<sup>45</sup> “Un réquiem por Kruschef”, *El Norte de Castilla*, 25 de octubre de 1964, p. 16.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

de románticos, Galileo fue un hijo de la Iglesia que aceptó la condena y sostuvo la verdad científica, una ejemplar figura.»<sup>47</sup>

Pero cuando se conocía un poco más la historia, se deducía fácilmente que Galileo no fue un revolucionario, ni un defensor de un nuevo orden social ya que al hombre renacentista no le preocupan esos asuntos que ahora son de interés, sino que sus preocupaciones eran otras: la belleza, el poder, el placer. El meollo de aquel asunto estaba en otro lugar:

«Fue un diálogo de sordos: una verdad científica contra una verdad religiosa, una mezcla de ambas, un colosal malentendido. Galileo tenía razón, y la razón estaba también de parte de sus jueces, pero no había entonces perspectiva suficiente para separar las cosas. A estas alturas, sin embargo, un combate entre Dios y el Sol no puede ser tomados en serio, es literatura nada más, como en Bertold Brecht.»<sup>48</sup>

Su pluma levantó batalla contra otras formas con las que la persona abdicaba fácilmente de su propia inteligencia. Éstas provenían de las tentaciones emanadas del conformismo, de la frivolidad, de la tendencia a elegir lo fácil y ramplón. En parte culpaba a los medios de comunicación de masas por el papel que ejercían en la sociedad. En la década de los 60, refiriéndose a las telenovelas rosas tan en boga, escribía,

«(...) el mundo moderno exige la más alta talla de cada uno y el hombre sin cultura está siempre a merced de cualquier propaganda radiofónica que le lance a la guerra o al exterminio de su prójimo, Emplearían mejor su tiempo en reír y charlar y conocer a este prójimo, que en estar escuchando estas historias entontecedoras»<sup>49</sup>

Pero esta tendencia a la superficialidad y a conformarse, es decir, hacerse a la forma del pensamiento de masas, no lo consideraba como un peligro exclusivo de la gente del pueblo, sino que el intelectual también corría el riesgo de plegarse a las modas y no realizar su función rectora y crítica. Por ello dirigía sus dardos críticos a la gramática estructural, al realismo mágico, etc.

«¿Salvará al mundo la cultura? ¿Es cierto que de lo que más necesitada está España es de la cultura? Cientos de hombres de letras y de ciencias vienen expresándose por la afirmativa con una coincidencia ciertamente sospechosa. Creo sinceramente que se trata de un gran tópico de una gran pereza mental.»<sup>50</sup>

No le engañaba la repetición de frases bien sonantes, más bien al contrario. Su unanimidad levantaba sus sospechas. El remedio para todo ello pasaba por el estudio.

<sup>47</sup> “San Galileo, mito y mártir”, *El Norte de Castilla*, 16 de abril de 1961, p. 3.

<sup>48</sup> *Ibidem*.

<sup>49</sup> “Ciudad de Dios”, *El Norte de Castilla*, 1959-1962, contraportada.

<sup>50</sup> “El canario de Himmler”, *El Norte de Castilla*, 8 de julio de 1962, p. 7.

«Y es que realizar una labor intelectual y cultural es algo muy complicado: es poner en marcha una actitud crítica e investigadora, plantearse todo como problema dentro de una visión de conjunto muy lenta de adquirir a base de acumular y sopesar datos. Y en cuanto a nombrecitos, fechas, anécdotas o hechos muy concretos, buscarlos en los libros que para eso son.»<sup>51</sup>

Cultivar el interior individual se convertía en una exigencia creciente ante el aplastamiento de la individualidad que el estilo de sociedad del momento iba imponiendo y que se uniformaba y propagaba con rapidez gracias a la potencia de los medios de comunicación de masas, como reflejaba ya en el año 1964<sup>52</sup>:

«Una planetización de las ideas y del bienestar no quiere decir una standarización de la humanidad (...)»<sup>53</sup>

No hablaba en teoría. Miguel Delibes le retrató con “una cabeza formidablemente equipada (de lecturas y de ideas)” y afirmaba que “Lozano, sin pedanterías propias de la edad, nos ahormó, insufló al equipo rigor intelectual”. Sus escritos muestran un trabajo concienzudo:

«Como no me ha sido posible encontrar el texto español de esta cita machadiana, me he visto obligado a traducirla del francés. Es un signo más de la precaria situación del trabajo intelectual y editorial entre nosotros. De todos modos, espero no haber traicionado demasiado la ascética y aguda prosa de don Antonio al efectuar la traducción.(...) Nuestro agradecimiento debe de ir por lo demás a la editorial Losada de Buenos Aires que nos ha permitido conocer casi la totalidad de los textos machadianos.»<sup>54</sup>

Dejan también trasparentar una capacidad intelectual singular que le llevaba a expresar sus propias conclusiones frente a la de los expertos. Una muestra la tenemos en un escrito que publicó cuando se conmemoraban los 25 años de la muerte de Antonio Machado. Frente a la unanimidad de casi todos los pensadores del momento –Aranguren, Serrano Poncela, Tuñón de Lara, Laín Entralgo...– que señalaban la ausencia de religiosidad de Machado, él se negó a concluir lo mismo. Basándose en quien a su juicio era el mejor conocedor de la Institución Libre de Enseñanza, Mons. Pierre Jobit, afirmaba que el krausismo había nacido de los católicos que no habían sabido reconciliar la religión positiva con los avances de la ciencia. Es decir, que había nacido como una heterodoxia cristiana,

<sup>51</sup> “La unión hace la fuerza. Una digresión sobre la cultura”, *El Norte de Castilla*, 21 de febrero de 1965, p. 16.

<sup>52</sup> “La unión hace la fuerza. Una digresión sobre la cultura”, *El Norte de Castilla*, 21 de febrero de 1965, p. 16.

<sup>53</sup> “El plato de lentejas”, *El Norte de Castilla*, 21 de junio de 1964, p. 6.

<sup>54</sup> “La fe de Antonio Machado” *El Norte de Castilla*, 16 febrero de 1964, p. 6.



«Valdría la pena hacer una antología, imposible en estas cuartillas, de todos los aciertos cristianos del heterodoxo Machado, sobre el pensamiento aristotélico y pagano de muchos cristianos oficiales.»<sup>55</sup>

Le comparaba con muchos católicos de su época y de los de 1964, a veces más amantes de lo folklórico y lo anecdótico, que de lo verdaderamente religioso:

«(...) el católico: persona de orden, enemigo de toda reforma social cuanto enemigo de verdaderos problemas religiosos, amigo de faldas y vistosas demostraciones folklóricas, no cree en el fondo, pero siente una indecible emoción en las comuniones, las bodas o los entierros solemnes. Y juega con Dios a la sucia jugada del “por si acaso”: ni aventura de la fe, ni incredulidad.»<sup>56</sup>

Hasta se podrían rellenar páginas de los aciertos cristianos de aquel denostado heterodoxo:

«¡Qué indignación cristiana la suya ante el solo pensamiento de que se pueda rezar un “Te Deum” para celebrar una victoria guerrera.»<sup>57</sup>

Y es que la guerra civil supuso una gran crisis religiosa en él y eso era algo que habría que estudiar mejor.

El quehacer intelectual, según los escritos de José Jiménez Lozano en la prensa, requería el bagaje de una profunda cultura que se adquiere sólo a través de la lectura y del estudio, sin posibilidad de evadirse del esfuerzo.

«(...) no hay otro camino que para adquirir la cultura que el leer reposado, intenso y personal. (...) Por eso Hitler odiaba tan sinceramente los libros: son los únicos que nutren contra esos encantamientos, los que nos harán libres e inatacables»<sup>58</sup>

Estudio y lecturas que debían ser guiados por un espíritu abierto, de seriedad y honestidad intelectual pues comprobaba cómo, con tanta frecuencia, se caía en el error de calificar de enemigo ideológico a alguien y se procuraba reducirlo al ostracismo para aislarle de posibles contagios.

### 1.2.3. *Verdad intelectual, del hombre y religiosa*

Las virtudes que presentaba como indispensables en la labor del intelectual, las advertía fuertemente ligadas a las del hombre cristiano. En ambos casos se requería, ante todo, libertad.

«El pensamiento cristiano es el único pensamiento libre de la tierra»<sup>59</sup>

<sup>55</sup> *Ibidem.*

<sup>56</sup> *Ibidem.*

<sup>57</sup> *Ibidem.*

<sup>58</sup> “Los libros contra la peste”, *El Norte de Castilla*, 4 de julio de 1965, p. 5.

<sup>59</sup> “El Papa y la aventura del intelectual cristiano”, *El Norte de Castilla*, 19 de octubre de 1958, p. 3.

Se deduce una idea esencial en él: la indisolubilidad de su concepción sobre el hombre, sobre la tarea del intelectual y el ser cristiano. Todos encuentran su raíz en el mensaje evangélico:

«(...) la misión del pionero de la verdad y de la justicia es inseparable de la condición de cristiano. Cristo habló de luz sobre el candelero y sal de la tierra, pionero es la traducción moderna, incisiva de ese decir que pudiera antojársenos simplemente bello, porque todo el Evangelio está en un tris de irse en estético goce para nuestros finos paladares de hombres occidentales, cultos. Y ser luz, ser sal, ser pionero, estar al filo del pensamiento más último, de la acción más comprometida es lo que nos había sido arrebatado.»<sup>60</sup>

El pensamiento de Jiménez Lozano se muestra fuertemente anclado en el hecho religioso, en el acercamiento de Dios al hombre por medio de la palabra; en los primeros tiempos a través de la Biblia y de la historia del pueblo de Israel y de, forma definitiva, con el Verbo Encarnado, Jesucristo. Sólo desde esa Palabra, afirmaba, se podría entender al hombre y confiar en la capacidad de superar todas las miserias. Precisamente presentaba el cristianismo como liberador de los miedos del hombre, pues su esencia eran el optimismo y la esperanza. Frente a otras concepciones religiosas, se trataba de una religión dinámica, que había empujado a la ciencia y a la técnica a lo largo de la historia.

«La ciencia ha nacido en un universo religioso cristiano, el único en el que podía nacer.»<sup>61</sup>

La respuesta a la fe, como la inquietud por buscar la verdad que realiza quien se dedica a la tarea de pensar, tendría que ser siempre contestataria. Enemigo de la libertad es el miedo en el que a veces se escudan los intelectuales, cuando se encogen de hombros ante la realidad sociopolítica que les rodea y no actúan en consecuencia,

«(...) esa afición del intelectual a recrear el pensamiento en paradojas, a estirar y encoger las ideas, a cruzar y recuzar los conceptos, a la ironía, al inconformismo, al utopismo, a las situaciones abiertas y arriesgadas, al pensar “libre” en una palabra y hasta a la “boutade.”»<sup>62</sup>

Aceptaba los riesgos del error como un precio a pagar por la libertad en el ejercicio de pensar. No era una actitud frecuente, la de aceptar la equivocación, pues se le temía tanto que llegaba a paralizar la actividad intelectual.

«¿Es que los teólogos y pensadores que se equivocan no colaboran tanto como los que aciertan o solucionan?»<sup>63</sup>

<sup>60</sup> “Los pioneros del cristianismo. La aventura del P. Teilhard de Chardin”, *El Norte de Castilla*, 29 de abril de 1958, p. 3.

<sup>61</sup> “Los fáciles ateismos”, *Destino*, 28 de mayo de 1966, p. 11.

<sup>62</sup> “El doctor Juan de Vergara o los peligros de pensar”, *Destino*, 17 de septiembre de 1966.

<sup>63</sup> *Ibidem*.

Sobre la pasión por la libertad escribió en 1964 criticando la actitud de algunos cristianos y especialmente de los clérigos que predicaban contra realidades tan cristianas como eran el amor, la libertad,

«Aseveraciones tan absolutamente falsas de espíritu cristiano y tan deformadoras de muchas conciencias. (...) se oye (...) predicar contra los males de la democracia con evidente desprecio por una encíclica como la *Pacem in Terris*»<sup>64</sup>

Estas manifestaciones las denunciaba como una falsificación de lo genuinamente cristiano. Si se producían errores en el caminar de la Iglesia o de sus miembros, se debía no a su mensaje, sino a su corrupción. Parte de ésta se daba por contaminación con intereses políticos o financieros, el estado teocrático, la Inquisición, etc.

«(La Iglesia) ha sido, a lo largo de la historia, fermento de libertad donde quiera que su mensaje ha sido vivido lealmente y no en oscura simbiosis con ajenas ideas e intereses.»<sup>65</sup>

Al pensador, tanto cristiano como al ateo, les exigía honestidad, seriedad en sus planteamientos. En un artículo publicado en la semana en la que la Iglesia celebraba la Resurrección de Jesucristo, recalca esta exigencia de honestidad intelectual.

«A nadie vamos a imponer que acepte el milagro del sepulcro vacío de la mañana de Pascua que es el juicio último de la cosmovisión cristiana sobre la existencia humana y la base de nuestra fe; pero tampoco vamos a aceptar que nadie pretenda crear un verdadero humanismo sin herirse con las sangrientas púas de esas desazones insoslayables sobre el destino de la personalidad humana más allá del tiempo de este siglo.»<sup>66</sup>

Soportaba mal el espíritu español que calificaba de “antijansenista”, de poca seriedad y de chapuza. Miraba con simpatía esta época de la Iglesia, la de Port Royal, por lo que significaba de concepción exigente del cristianismo, de pensamiento personal, de intensa conciencia de la dignidad del hombre y de la libertad para rebelarse contra todo absolutismo.

## 2. Inconformismo intelectual dentro de la censura franquista

Con este breve estudio se ha querido destacar un tema recurrente en los primeros escritos periodísticos de José Jiménez Lozano publicados en *El Norte de Castilla* y en *Destino*, que hemos denominado “el inconformismo intelectual”. Bajo esta expresión hemos sintetizado la personalidad de Jiménez Lozano y los temas sobre los que escribió. Tanto el periódico vallisoletano como la revista catalana eran libres

<sup>64</sup> “Pidiendo una inquisición”, *Destino*, 22 de agosto de 1964, p. 13.

<sup>65</sup> “El honor de la Iglesia”, *Destino*, 7 de agosto de 1965.

<sup>66</sup> “Los fáciles ateismos”, *Destino*, 28 de mayo de 1966, p. 11.

de publicar o no sus escritos, puesto que se trataba de un recién llegado a la escritura, un desconocido ante quien no tenían compromisos. Si sus artículos se publicaban, es de suponer que sería por el interés que revestían a los ojos de ambas publicaciones. Interés que, por otro lado, no podía estar ajeno al de los lectores, es decir, al cliente de las publicaciones, a quienes deben satisfacer. Los conciudadanos de Jiménez Lozano, de finales de los cincuenta y mediados de los sesenta, leían y entendían aquellas palabras, de lo contrario el futuro del novel escritor no hubiese desembocado en el periodismo.

Las primeras apariciones en prensa del autor castellano, desde mediados de los años cincuenta hasta la aprobación de la Ley Fraga, evidencian la existencia de un nivel cultural importante en España. Si las condiciones sociales y mentales del momento, fomentadas por un trágico pasado y controladas por una censura temerosa, no parecen las propicias a la creación artística e intelectual, trayectorias como las de Jiménez Lozano iluminan este panorama sombrío. La inspiración, el estudio y la producción no se encuentran intrínsecamente ligados a las condiciones políticas de las sociedades, aunque éstas no dejen de condicionarlas. La apertura de las mentalidades trasciende las fronteras ideológicas y encuentra alimento donde nutrir sus ansias de saber, como se refleja en las referencias culturales que hace el autor. Traspasa también los ojos miopes de la censura, quizás más atenta a formalismos, pero desconocedora de la carga de rebeldía que el pensamiento y las palabras de Jiménez Lozano llevaban. Esta constatación podría plantear la conveniencia de desplazar el término de “páramo cultural” con la que se ha querido calificar a esta época, de los actores de la cultura e interrogar a los receptores, más débiles e influenciables ante los condicionamientos externos.

En aquellos escritos vertió su convicción de que la esencia del hombre se expresa de modo singular en la tarea que le compete al intelectual, al investigador, al pensador. Ésta consiste en invertir el talento de la inteligencia, en la búsqueda de la verdad, arriesgando su libertad frente a las cadenas que pretendan ahorrarla ya sea externamente a través de la censura, o dejándose llevar por los prejuicios, la frivolidad o la corrupción. La incompreensión y el ostracismo podrían ser la moneda con que la sociedad pagara sus servicios, pero sería el precio necesario para conquistar día a día su independencia.

En el camino del descubrimiento y de la defensa de la verdad, intelectual y cristiano van en Jiménez Lozano de la mano. Se entiende que, desde esta concepción de la persona, de la tarea del pensador y la responsabilidad del cristiano, José Jiménez Lozano, junto con el sacerdote José Velicia, ideara y levantara uno de los eventos culturales más significativos en la sociedad de principios del siglo XXI –Las Edades del Hombre–, en el que a través del arte religioso esparcido por Castilla y León, se pretende ofrecer una respuesta a las preguntas que se hace el hombre sobre la verdad y la belleza de su propia existencia.